

PRÓLOGO

POR QUÉ HABLAR DE 1977 DESDE 1999 (REFLEXIONES SOBRE, Y CONTRA, EL FALSO OLVIDO)

I. “El espectáculo puede dejar de hablar de algo durante tres días y es como si este algo no existiese... Como puede verse, las consecuencias prácticas son inmensas” (Guy Debord, 1988)

Me he encontrado a menudo con que algún amigo me preguntaba aquello tan clásico que tanto nos halaga —¿para qué negarlo?— a quienes tenemos el bienaventurado vicio de escribir: “¿Para cuándo tu libro de Memorias?”. Como es lógico me esfuerzo en buscar una excusa creíble, algo así como que no tengo tiempo o que simplemente me da pereza. Por lo visto el subconsciente me traiciona; me da ciertamente mucha pereza ir a engrosar esa legión de autores de tanta autobiografía mediocre camuflada de libro de Memorias que últimamente llenan espectacularmente los catálogos editoriales. Nuestros coetáneos han desencadenado sin darse cuenta un sintomático alud de recuerdos mejor o peor maquillados, contribuyendo a estructurar un escaparate, reflejo inquietante de la circunstancia que nos ha tocado vivir.

No quisiera dramatizar, menos aún desautorizar a tantos excelentes escritores que cultivan remarcablemente ese género literario que es el “memorialismo” (perdón por la palabreja): la nostalgia rezuma indiscutiblemente no sólo ternura y sensibilidad sino además un gratificante toque poético. Algo muy distinto es esa multitud de ex combatientes contando sus batallitas como quien evoca recuerdos de la mili: nos muestran sus innumerables heridas de guerra, exhiben enmohecidas medallas que se dejaron olvidadas en su particular baúl de los recuerdos y se apresuran de pronto a sacarles brillo con mal disimuladas ansias de conquistar el carnet homologado de protagonistas de la historia, pagadero en cómodos plazos.

Ya sé que las generalizaciones son siempre odiosas, que no hay que simplificar cuestiones siempre complejas (poliédricas, como dicen ahora), que soy el menos indicado para criticar a los nostálgicos desde mi nostalgia particular. Pero la eclosión de ese nuevo memorialismo es un fenómeno sociológico bien palpable como para preguntarnos hasta qué punto se trata de una amnesia deliberada, de un efecto involuntariamente anestésico, de un cúmulo de espejismos que traicionan nuestro recuerdo acerca de lo sucedido no hace tanto tiempo, apenas tres días como dice Debord... Bastaría con decir que quienes se enfrentan a las implacables reglas que rigen la sociedad de la desinformación a título puramente individual, o autobiográfico, encuentran en el

pecado de su temeraria ingenuidad la penitencia de su indefensión ante el inquietante rodillo del falso olvido que nos amenaza.

Una posible respuesta a la cuestión de qué pasa con tanto libro de memorias sería criticar el efecto multiplicador de esa redundancia que comporta la noción misma de “libro de memorias”. Lisa y llanamente: es sabido que la memoria es selectiva, que comporta obviamente ciertos deslices y lapsus sin importancia.

Pues bien, el libro de memorias es doblemente selectivo, selectivo de forma redundante, con doblez por así decirlo. Ya no es que la memoria en vivo y en directo traicione a quien la ejerce: la “memoria cosificada”; los libros de memorias, concretamente, traicionan no tanto a quien los escribe (que también) sino básicamente al público entre crédulo y desprevenido al que se dirigen. Quizá por eso dicho género está en auge aquí y ahora.

II. “La primera intención de la dominación espectacular era hacer desaparecer la práctica totalidad de las informaciones y los comentarios razonables sobre el pasado más reciente” (Guy Debord, 1988)

Cuando os encontréis escritas por algún lado palabrejas o frasecitas como esa misma de “memoria cosificada” no tenéis por qué sentirnos incómodos, al contrario: es obviamente una de esas expresiones con truco propio del arsenal dialéctico postmarxista que utilizan los teóricos de la sociedad del espectáculo para poner de manifiesto — “visualizar” lo llaman— el carácter esquizoide de la sociedad que nos rodea. Los situacionistas, en efecto, dejaban atrás aquel Marx antiguo que, por lo que nos inculcaron sus devotos discípulos, hablaba de la “alienación” así, a secas, sin el más mínimo matiz, lo que nos proporcionaba una visión chata de la realidad.

Por ello, al abordar su crítica radical a la sociedad del espectáculo —algo de más calado que la mera crítica a la sociedad de la mercancía—, nuestros buenos amigos optaron por poner sobre la mesa todo el vasto repertorio de definiciones de la alienación que están a nuestro alcance hoy en día: 1) la cosificación presenta como “cosa” lo que en realidad es una relación social entre personas mediatizada por cosas; 2) el extrañamiento en tanto que separación enfermiza entre la persona y su vida de cada día que la cosificación provoca; 3) la enajenación, algo más que un mero sinónimo de alienación en tanto que insiste en su faceta de locura (de esquizofrenia, más concretamente); y 4) la “falsa conciencia” o conciencia desdoblada, fruto de esta esquizofrenia latente, etc.

El caso Debord, concretamente, es una muestra clara y palpable de hasta qué punto la voluntad de incidencia en la historia por parte de los situacionistas puede perdurar más allá de su tiempo. En 1988, tras dos décadas de la irrupción romántica del famoso mayo francés —cuando aún podía hablarse de la revolución como de una excitante aventura a nuestro alcance—, quiso hacer un poco de balance del panorama que se cernía sobre nosotros ante ese fin de siglo que veía asomar a la vuelta de la esquina escribiendo unos “COMENTARIOS SOBRE LA SOCIEDAD DEL ESPECTÁCULO”. Ante el dichoso “pensamiento único”, esa ideología “no ideológica” que segrega la globalización a nivel planetario en que estamos inmersos, la indignación del maestro es tan contundente como cabía esperar de una mente coherente y lúcida.

La retórica situacionista —brillante y eficaz como siempre— trataba nuevamente de proporcionarnos armas cargadas de futuro para la puesta al día de un discurso crítico. Quería incitarnos aún a mantener enhiesta la bandera negra de la contestación permanente, del rechazo radical, hoy como ayer, de todo ese vasto campo de la ALIENACIÓN (cosificación-extrañamiento-enajenación) antes aludido. De lo contrario —nos advierte literalmente—, viviremos en un mundo sin memoria dado que las diversas agencias de la organización del silencio han decidido colocar fuera de la ley a la historia, condenando así a la clandestinidad todas las historias recientes.

El sistema escribe, organiza con destreza la ignorancia de lo que sucede, e inmediatamente después, el olvido de lo que a pesar de todo ha llegado a conocerse...

Y sin embargo, más allá del fragor aparentemente apocalíptico propio de una resistencia retórica de gran impacto nos indica paradójicamente una puerta abierta a la esperanza. ¿La sociedad nos organiza implacablemente el olvido del pasado? o, más bien, ¿se limita a intentarlo pero teme no acabar de conseguirlo?, piensa uno para sus adentros al verles tan exageradamente inquietos y preocupados. Se ha dicho reiteradamente eso de que el poder o es total o no es nada; también existe un consenso generalizado en afirmar que la información es poder. Si ambas cosas son ciertas, el miedo del Poder sería lógico, tendría su razón de ser: cuando la desinformación no está segura de ser total y absoluta, su función de pedestal del becerro de oro de turno amenaza con perder esa presunta solidez que le da sentido y acaba por desplomarse estrepitosamente. Sólo eso...

III. “Cuando aún había ideologías que se enfrentaban, que se autoproclamaban a favor o en contra de tal aspecto de

la realidad, había fanáticos y embusteros, pero no ‘desinformadores’” (Guy Debord, 1988)

Hay que resituar pues el debate. Nos habían inculcado hasta tal punto la omnipotencia del sistema para acallar nuestras voces que casi nos lo habíamos creído. Empezábamos ya a asumir —desde una cierta resignación rayana en el conformismo— esa impotencia colectiva aparentemente irreversible sin más salida que la pura renuncia. El espejo deformante de la DESINFORMACIÓN nos presentaba a nuestros propios ojos como individuos sin nexos, aislados en el tiempo y el espacio, secuestrados y en cierto modo rehenes del olvido generalizado, poseídos por una aparente incomunicación tanto física como moral, con un saber separado de nuestra conciencia vital, de la “vida cotidiana de cada día”, por así decirlo. Los comentarios de Debord sobre desinformadores y/o desinformados nos vienen pues como anillo al dedo. Y es que si la DESINFORMACIÓN no es total y el Poder que ella genera no es absoluto, acaso tengamos que reconocer (confío en que no demasiado tarde) nuestra ingenuidad al creernos más débiles y sentirnos más aislados de lo que realmente estamos. Un ejemplo podría ilustrarlo: el recelo y agobio ante la típica y tópica pregunta “¿Para cuándo tu libro de Memorias?” desaparecería, viendo felizmente trastocado todo su sentido (*detourné*, que dirían los situacionistas). Es un cambio de esquemas y perspectivas al que uno llega por vías más directas que la lenta y trabajosa profundización teórica (o teorización profunda).

Concretamente, el cambio de chip surgió en una charla en casa con el amigo Joan Zambrana, de badalonés a badalonés, sobre libros viejos y textos olvidados (no olvidemos que el muchacho ejerce de historiador). Detallo en vivo la anécdota, ciertamente fortuita pero en modo alguno trivial, de un elemental comentario de sobremesa del que puede saltar el chispazo, la vía directa de percepción a que aludía antes, porque dejó planteada sobre la mesa como quien no quiere la cosa, lo que podríamos llamar la pregunta del millón: “¿POR QUÉ NADIE HABLA YA DE LOS AÑOS MÁS GUAPOS DEL POSTFRANQUISMO?”.

De entrada me quedo algo perplejo, sin saber muy bien qué responderle: que no saben hacerlo (cosa harto difícil de creer, por cierto), que quizás ni quieren ni les interesa lo más mínimo escarbar ni un tanto así en el pasado para poner cuatro cartas boca arriba. O mejor, lo más seguro en mi modesta opinión: un poco de todo eso al mismo tiempo... Pero la pregunta tenía un cierto calado como para despacharla hablando de las cuatro pequeñas ruindades con que tan a menudo se censuran de hecho a nuestro alrededor (se aparcen, podríamos decir) ciertos temas poco confortables para la escala de valores que rige esta sociedad mal llamada “nuestra”.

Hay que saltar de la anécdota fortuita a la categoría de lo meramente cuantitativo, de las cuatro zancadillas que a uno le ponen los “media” a lo cualitativo, a poner en

cuestión y sin necesidad de alzarle la voz a nadie lo que de hecho son descaradas maniobras de exaltación y liturgia del falso olvido por parte de una sociedad desquiciada y algo paranoica.

En una de sus intencionadas piezas, el cantante Joan Isaac lanza también su contundente pregunta: “¿Dónde está la gente, dónde está aquella Barcelona del 75, *bandera negra al vent...?*”.

O sea: ¿por qué nadie habla de aquella Cataluña del *Ajoblanco*, la *Soli* y las JORNADAS LIBERTARIAS? (Excusad lo selectiva que mi memoria se revela por momentos.) No es cierto que hayamos entrado en una sociedad “normalizada”, desvelada y feliz ya para siempre, donde nadie se acuerda ya de aquellas vivencias rupturistas, de aquel estallido libertario de 1975-1979, de aquel primer postfranquismo, aparentemente tan lejos pero a fin de cuentas tan excitantemente cerca.

¿Dónde está la gente? Está entre nosotros: tanto quienes lo vivieron como quienes se limitaron a observarlo, a tomar nota, a dar fe de ello, incluso quienes se han vuelto eventualmente un poco olvidadizos. Existen hemerotecas, dossiers personales, archivos relativamente poco asequibles. Y existen las personas que participaron en los hechos de esa mal llamada “movida libertaria” y las que se limitaron a ser testigos presenciales de los mismos. Y existe un público joven y desconcertado que ni entiende ni considera de recibo que les hayan tratado de hurtar el recuerdo de lo que por lo visto era más que un espectáculo. Es un buen pretexto para escribir un libro. Sí, de Memorias...

Santi Soler i Amigó

Abril de 1999